

Jueves 31 de enero, 1839.

EL PANORAMA,

PERIODICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

PUERTA DEL SOL EN TOLEDO.

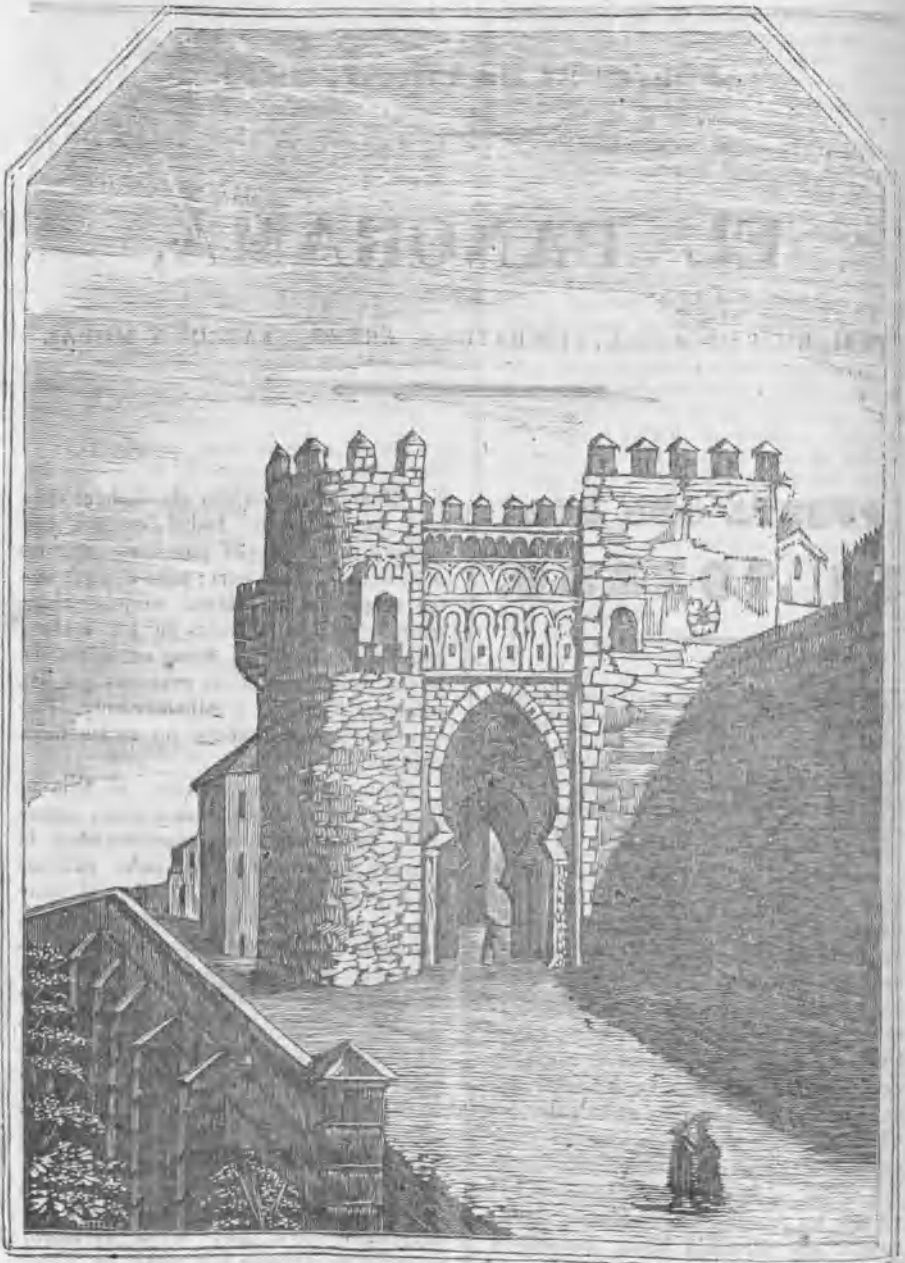


TRES siglos hacía que los hijos de Ismael gozaban tranquilos de las conquistas de sus abuelos. Los moros de Toledo, aun no inquietados por los cristianos, á quienes despreciaban, vivían en octaviana paz, pensando solo en divertirse con los torneos que, para celebrar el casamiento de su Visir Alhamar, se disponían en la ciudad. Habíase construido un gran palenque en la plaza de Zocodover, donde moraba Alhamar, en una casa, si bien sencilla en lo exterior, alhajada interiormente con cuantas preciosidades pudo inventar el caprichoso lujo de los orientales. Embriagado el Visir con los encantos de su Zaima, ignoraba que Gonzalo había tomado á Granada por asalto, y que su goberna-

dor Boabdil, pesaroso de haber irritado la cólera de Isabel, vagaba con algunos de los suyos por los límites de la hermosa Andalucía; pero aunque entre el pueblo circulaban noticias alarmantes de las derrotas de los árabes, sufrían de boca en boca considerables alteraciones, segun las personas que las referían, llegaban á Alhamar muy alteradas, y jeneralmente no se les daba crédito.

Hasta que, una mañana, el vijia de la pequeña torre de la mezquita, encargado de llamar á los musulmanes á la oracion, avisó que en la parte exterior de la puerta Agulleña, contigua al templo del profeta, daban voces en árabe, pidiendo á toda prisa que abrieran. Informado Alhamar, bajó á la puerta en compañía de dos Gomeles, abrieronla y entráron cuatro Abencerrajes con turbantes verdes y garzotas azules, color distintivo de su tribu, llevando de la brida sus corceles, que jadeaban de fatiga, y colgados de los arzones sus escudos, con la leyenda favorita. "Dulce y terrible."

Uno de ellos entregó á Alhamar un pergamino arrollado: leyólo el moro, subieron en seguida á la plaza de Zoco,



dever, y juntos entraron en la habitación de Alhamar.

II

Al día siguiente de madrugada bajaban hácia el río por la calle de la Mecca (hoy del Correo) tres jinetes envueltos en sus albornoces, por debajo de los cuales apénas asomaban los brazos, que difícilmente reprimían el brio de sus inquietos corceles, cuyo rápido galope casi no dejaba distinguir el metal de la voz del que iba delante, hablando á los otros dos que silenciosamente le escuchaban. Eran Alhamar, Mofarix su arquitecto y el capitán de guardias Zeir. A cierta distancia les seguía una tropa de moros á pié, con picos, alcotanas y azabones. Cuando llegaron al punto que hoy ocupa la puerta del sol, cuyo dibujo copiado del natural presentamos á nuestros lectores, se apeáron, Mofarix tomó dos peones, y, en presencia del Visir, empezó á trazar las líneas que marcaban el círculo de defensa de la ciudad. Desde aquel día principió la construcción de la puerta del sol, á la que se unió una mezquita (hoy Cristo de la luz) con el objeto de que la pequeña guarnicion de las torres de aquella hiciese en ella sus oraciones.

Tiene esta puerta 42 pies de ancho, por 56 de alto: está construída de ladrillo y mampostería: la mayor parte de los adornos del fróntis son de ladrillo seco, pero ejecutados con la mayor proflijidad, y con una solidez extraordinaria. Fórmanla tres arcos árabes en degradacion y de muy buen gusto, y sobre el primero hay un rastrillo, que casi ha destruído el tiempo. A los dos lados tiene dos torres, la de la derecha cuadrada, y la de la izquierda, que mira á dos caminos, circular y con miradores de piedra para centinelas. Al entrar en la puerta y sobre el segundo arco habia un círculo ó medalla de

bronce de seis pies en cuadro, con esta inscripcion: "No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta." En su lugar existe ahora una isáfen. Al año de concluída, fué vigorosamente atacada esta puerta por 400 castellanos mandados por Lara; pero fueron rechazados con gran pérdida. Para recuerdo de esta victoria, colocáron los moros en una de las columnas de la mezquita una lápida de bronce.

Algunos años despues entró por esta puerta, acompañado de Rodrigo de Vivar y 500 caballeros, el rey don Alonso el VI. J. M. VELARBE.

HISTORIA DE DOS BOFETONES.

Primera parte.

De la iglesia de san Sebastian de Madrid salia á la calle de las Huertas un día de pascua de Pentecostés, hará siglo y medio con poca diferencia, un mendigo tan andrajoso, como sucio y colorado, con un ojo y un pie de menos, una joroba de mas, dos muletas, cien remiendos y cien mil marrullerías. Bajaba resueltamente la calle, harto desigual y barrancosa entónces, avanzando seis pies burgaleses de cada tranco, y deteniéndose alguna vez á excitar la conmiseracion de los fieles que subian á la parroquia, hiriendo sus oidos con mil estudiadas fórmulas de pordiosear, articuladas en voz aguardentosa y aguda. Brincando y pidiendo, bendiciendo á unos, renegando á otros, y estorbando á todo el mundo, llegó á las últimas casas de la calle vecinas

al Prado, y se paró delante de una de buena apariencia como recién construida. Limpio todavía el desnudo ladrillo de la fachada, relucientes aun los clavos de la puerta, blanca la madera del ventanaje, y acabada de esculpir sobre el friso de la portada, en letras legibles á la media hora de estudio, esta inscripción que trasladamos fielmente del idioma latino: *Resucitó al tercero día, año mil seiscientos. Maria, Jesus, Jose, sesenta y ocho.* Allí el astroso nupepe esforzando la robusta voz de que estaba dotado, comenzó á demandar limosna pasando lista á todos los santos del calendario; y cabalmente al nombrar al glorioso fundador de la venerable orden *tercera*, se oyó un suave caceo detrás de las espesas celosías de un reja correspondiente á la casa flamante que observaba el cojo, el cual oido el mismo atravesó de un brinco la calle, echó un papel, y tomó otro por debajo de la celosía, recojió por de ante de ella unas monedas, soltó un: "el señor la corona de gloria" y emparejó calle arriba listo como un cohete, clamando á grito pelado: "por la invencion de san Esteban, hermanitos, una caridad á este pobre listado."

Pocos momentos despues los postigos de aquella reja se cerraron con estrépito, se oyeron voces de mujeres, unas suplicantes como de quien pide silencio, y otras imperiosas como de quien manda obediencia; y al cabo de un rato se abrió la puerta, y salieron dos damas limpias y honestamente vestidas; pero sin paje, ni dueña, ni rodrigon, ni criada. Cubiertas con sus mantos, no era fácil adivinar su clase por lo señorial ó arduisimo del rostro; el hábito del Carmen que llevaban lo mismo convenia á la rica que á la pobre, á la tendera que á la titulada; pero el rosario devanado á la mano izquierda de cada una de las dos señoras, labrado de filigrana de oro, con preciosas medallas y

una cruz sembrada de diamantes, revelaba la riqueza que se encubria en el modesto atavío de la persona. Santiguáronse las dos al atravesar el umbral, y la que venia detras dijo á la primera con voz grave y no muy recatada: "cuidado, doña Gabriela, con lo que te he prevenido; tú ya debes considerarte como casada, porque el señor D. Conato de la Esparraguera debe llegar muy pronto á recibir tu mano: basta de devaneos; que si llego á cojer te otro papel, allá de tu ingenioso Gonzalvico, por el siglo de mis padres que le he de dar ocasion para que encarezca en veinte sonetos la gracia de tus mejillas." Doña Gabriela respondió con voz tan sumisa y apagada á esta amorosa insinuacion en forma de aporrobacion, que solo se le pudo percibir la palabra *madre* tras un suspiro alagado entre los pliegues del velo. Y con esto la madre y la hija se encaminaron á S. Gerónimo donde tocaban á misa mayor, dejando adivinar el desahuido silencio que una y otra guardaban, la poca airesa celeridad del paso, y el violento manejo de los mantos, que si los hubiesen azado entonces, hubieran dejado ver dos caras ajenas de toda consonancia con la festividad de aquel dia, que ya hemos dicho era de *pascua*.

¿Qué habia sido entre tanto del sjil correo con joroba y muletas? El cojo mientras tanto habia ya dado cuenta de su encargo en el ático de S. Sebastian á un caballero muy atildado de vigotes, pero algo rajado de ropilla; y mientras el galan, vista la carta de doña Gabriela, iba á su casa y escribia la urjentisima respuesta que su enamorada le pedia, ya el correveidile habia evacuado tres ó cuatro negocios de igual especie, habia visitado media docena de tabernas, y ántes que principiase el sermón en san Gerónimo, ya se hallaba á las puertas del convento aguardando ocasion de cumplir con un nuevo mensaje para Gabriela.

encontrándose con ella al tiempo que saliese del templo el numeroso concurso que asistía al santo sacrificio.

Era entonces la iglesia de los padres Gerónimos inmediata al Prado que de ella tomaba nombre, mucho mas concurrida que lo ha sido en estos calamitosos tiempos que hemos alcanzado. En aquella época en que habitualmente se combinaba la holganza con la piedad, se iba á misa á S. Gerónimo como si dijéramos: "por atun y ver al duque" porque ántes ó despues, ó despues y ántes se paseaba el Prado, el cual á la sazón merecía este nombre lejitimamente, puesto que no era su suelo como ahora, un tablar de monétona infecunda arveja, sino una vistosa alfombra de lozana yerba espicada de frescas flores. Agolpábase la muchedumbre de curiosos á las puertas del templo para ver entrar y salir á las hermosas, y aprovechar una sonrisa, una palabra ó cosa de interes mas alto; y agolpábanse por consiguiente allí los que acuden siempre adonde se reune gran jentío: vendedores, azules y pedigueros. Naranjeras despilfarradas, bollereros sucios, alojeros montañeses harto mas á propósito para terciar la pica que para portear la garrafa, demandantes para monjas, para frailes, para hospitales, para ptesos, para una necesidad, para una dote, para mandar pintar un ex-voto, para comprar un oficio, todos se apiñaban á las puertas del convento: y estimulados los unos por su interés, los otros por un santo celo, (que viene á significar lo mismo) disputaban sobre el puesto, lo defendían ó usurpaban á fuerza de juramentos y cachetes, y cuando acabada la funcion, la gótica puerta vertía prietas oleadas de pueblo, confundiendo en completa anarquía sexos, rangos, condiciones y edades, un grito general compuesto de mil se elevaba por el aire, y penetrando por las laengas naves del lugar santo, parecia al oír aquel ruido sordo bajo la em-

pinada bévoda, que las venerandas edificaciones, inmóviles pobladores de altares y nichos, murmuraban entre sí ofendidas de aquel escandaloso alboroto tan codicioso como profano.

Apénaş doña Gabriela y su madre, menguado el ímpetu de la multitud que las habia llevado á gran trecho de la puerta, pudieron examinar por voluntad propia, y se detuvieron á reparar el desorden de sus mantos y vestidos, fueron al punto conocidas de la turba postulante; y en un abrir y cerrar de ojos se formó en torno de ellas un triple muro de baraposos chilladores espectros. Afamada por su caritativo corazon doña Lupercia, (que no es justo se ignore el nombre de una mujer benéfica) así rechazaban las necesitados su manto, su rosario y su vestido, como una enamorada pescadora la vela del barco de su marinero. Era de ver la grita, el ahinco, el afán con que los pobres acosaban á la madre y á la hija. Un ciego apisonando con su palo los pies de sus colegas á título de reconocer el terreno, se empeñaba en que le comprase Gabriela un romance de un ajusticiado; otro le ofrecía una jácara á lo divino donde, sin que la inquisicion se escandalizase, se calificaba al pan eucarístico de *pan de perro*; otro mas sagaz le presentaba la historia de los amores del conde de Saldaña, y conseguía ser atendido el primero. Doña Lupercia mientras tanto reñía al uno, preguntaba al otro por su mujer, limpiaba la moquita á una muchacha, tiraba á un chicuelo de las orejas, y distribuía el bolsillo segun las leyes de la equidad y de la justicia. Daba un real de á ocho á un infeliz que medio escondido entre los demas á penas se atrevia á implorar un socorro con la mirada de la necesidad y del encogimiento; pero al ver á un ex-trompeta, que apestando á tabaco y á zumo de vides decia con harto mal modo: "distinga vocacé de personas, y acuérdesse, voto á Bruselas, de qué ricos

y pobres, todos los hijos de Adan somos hermanos," la discreta señora buscaba la blanca mas negra del bolsillo, y entregándosela al grosero con aire, le replicaba: "tome, señor soldado, que si todos sus hermanos le dan otro tanto, millones puede regalar al rey de España."

Un grupo de damas y caballeros, de cuya alta jerarquía daba testimonio otro grupo de lacayos poco distante, se acercó en esto á las dos misericordiosas tapadas, cuyos nombres habian oido entre las bendiciones de los desgraciados á quienes socorrian. Abriéronles paso los mendigos, y la madre y la hija se levantaron entónces los velos. La madre contaba ya cuarenta y cinco años, y aun era hermosa: la hija era lo que la madre habia sido á los veinte años. Al ver Gabriela entre las damas que llegaban á saludarlas algunas de sus amigas, asomó á sus labios una sonrisa graciosa sí, pero insuficiente á disipar cierta nube de tristeza que empañaba su semblante, orijinal ántes y rubicundo, y ya pálido y ojoso. Los recién venidos, despues de los comedimientos ordinarios, dirijieron á Gabriela repetidos parabienes que ella oía clavados los ojos en el suelo, no sabemos si de modestia ó de disgusto. Uno de los caballeros que allí se hallaban atormentaba su escasa imaginacion buscando hipéboles y piropos con que encarecer la felicidad de una novia, cuando en mala hora para ella descubrió su madre un brazo envuelto en una manga, toda rasgones y cosijos, que penetrando el corro, buscaba la mano de la confusa y distraida desposada, la cual á pesar de su confusion, recibía disimuladamente un papel que procuraba ocultar en el pañuelo. Arrojóse doña Lupercia á su hija con la celeridad del águila, quitóle el billete, miró el sobrescrito, conoció la letra, y dejándose arrobar de la cólera, en nadie

mas violenta que en una mujer devota, levantó furiosa la mano y descargó sobre doña Gabriela el mas recio bofeton que han soportado jamas mejillas femeniles "Se lo habia prometido, (perdóneme el señor el enfado)" decia doña Lupercia, mientras la triste jóven casi muerta de rubor se tapaba con el velo para ocultar su llanto. Y despidiéndose apresuradamente de aquellos señores, cojió á su hija del brazo, y se la llevó de allí, todavia mas á prisa que habian venido. Los mancebos del corro se rieron de la madre, las doncellas se burlaron de la poca destreza de la hija, las madres dijeron que estaba bien hecho lo que no sabian á punto fijo por qué se habia hecho; y al cabo de cinco minutos en que se habia hablado de salmon, de comedias, de peinados, del fiato y del gran Turco, ya nadie se acordaba de una cosa tan insignificante como un bofeton dado *coram populo* á una niña casadera.

¿Y creerán nuestras amables lectoras (á quienes libre Dios de tan duros trances) que la severisima doña Lupercia se contentó con la afrentosa correccion que habia impuesto á la apasionada doncella? Nada de eso; así que llegó á su casa, y ántes de quitarse el manto, pidió la llave del cuarto oscuro, y encerró en él á su hija, retirándose sin decirle ni una sola palabra; pero dejándole sobre una mesa una luz, un rosario, sus capitulaciones matrimoniales, y un tratado de agricultura.

No hay que pensar que doña Lupercia tomase un libro por otro: el tratado de que hablamos, obra de un religioso sapientísimo, á vueltas de las instrucciones para el cultivo de la zanahoria y la chirivía, contenía excelentes consejos de moral para las jóvenes: llegando á tal punto el esmero y minuciosidad del reverendo autor que les prescribia lo que debían hacer cuando les aconteciese hallarse á solas con un

hombre mal intencionado, y les aconsejaba que al salir de casa mirasen si les colgaba algun hilacho, ó si llevaban mal atadas las ligas.

Aquella noche entre doce y una penetró con mucho sigilo una criada en la prision de Gabriela, y le entregó otro billete de su amante, instruido ya por el cojo del doloroso suceso de la mañana. Gabriela se habia apoderado con ansia de la pluma y del papel que le traía la sub-comisionada del cojo, y habia escrito ya estas palabras: "librame del poder de mi madre, Gonzalo mío, porque jamás seré esposa de un hombre, que aunque honrado, discreto y rico, tiene una cicatriz en la cara, no es capaz de escribir una redondilla, y se llama don Canuto," cuando acordándose del bofetón y temiendo que podria no ser el último, rasgó el papel y dijo con resolucion á la mensajera: "Vete, y dí á don Gonzalo que ni me escriba ni me vea, ni vuelva á pensar en mí en toda su vida."

Quince dias despues, mientras su madre estaba en el jubileo, se halló doña Gabriela al anochecer en su cuarto con el mismo don Gonzalo en persona. "Sígueme, le dijo, todo está dispuesto para la fuga: dineros me faltan, pero arrojó me sobra; viviremos pobres en una aldea, pero felices." Gabriela seguia maquinalmente á su amante, el cual habia ya pasado el umbral de la puerta, cuando recordando el tremendo golpe de la mano materna, recuerdo que llevaba consigo el de la promesa solemne hecha al caballero de la catedral, se paró, retrocedió, y cerrando de pronto la puerta, se quedó la dama dentro, y en el portal el desventurado amante.

Otros quince dias despues el cura de S. Sebastian rodeado de una turba de curiosos, tapadas y muchachos, y asistido de sacristanes y monacillos, preguntaba en la sacristia de la parroquia á doña

Gabriela si queria por su legitimo esposo á D. Canuto de la Esparraguera. Y aunque es de ley que todas las que se oyen dirigir tan tremendas palabras las escuchan con los ojos bajos, ello es que doña Gabriela, ó porque oyó alguna tos ó chicheo, ó sonó en el techo algun ruido que llamó su atencion y temió que se le desplomase encima, levantó contra el ceremonial la vista y su mirada se encontró con la de D. Gonzalo. Tuvo ya la novia en los labios la primera letra de un *no* claro y redondo, que no diese lugar á interpretaciones; pero acordándose en aquel momento del bofetón del dia de pascua, miró á las manos de su madre, y pronunció sin titubear el fatidico *si quiero*.

Cuatro años despues subía á san Gerónimo una señora bizarramente vestida de terciopelos y encajes, con diamantes en la frente y perlas al cuello, vertiendo salud y alegría su semblante lleno y colorado, emblema de la paz y la dicha, apoyando su carnoso brazo en el de un caballero con un chirlo en el arranque de las narices y acompañada ademas de dos dueñas, dos pajes, dos niños y dos pasiegas con dos criaturas de pecho. Traía la feliz pareja una conversacion secreta, aunque se parecían muy festiva, y habiéndose parado un instante dijo el caballero: "¿fué por aquí sin duda?" Aquel fué, respondió la noble matrona, fijando con amorosa expresion sus ojos hermosísimos en el semblante de su esposo. El caballero estrechó vivamente la mano de la virtuosa consorte y la dijo en voz baja: "no me podrás negar que fué un bofetón bien aprovechado."

J. E. HARTZENBUSCH.

SICILIA. — AGRIGENTO.

RUINAS

del templo de Juno.

Los poetas de la antigüedad han colocado en Sicilia la cuna de la mitología, cantando unos tras otros las alabanzas de una región que, en medio de los grandes fenómenos de la naturaleza, ostentaba los primeros monumentos de las artes. La célebre ciudad de Agrigento, en especial, ha cautivado hace mucho tiempo la atención de los viajeros. Habla de Agrigento la historia como de una de las más vastas ciudades que han existido; pero casi nada nos transmite ni de su origen, ni de su engrandecimiento, ni de las numerosas revoluciones que ha debido de sufrir. Muchas veces sitiada, resistió siempre los formidables ataques de sus enemigos, hasta que los cartajineses completaron su ruina. Como el terreno sobre que estaba fundada se compone de muchas colinas, es difícil calcular desde cualquiera de ellas el espacio que ocupaba. Colocada á poca distancia del mar y entre dos ríos, uno de los cuales besaba sus muros, corriendo el otro junto á uno de los arrabales, tenía Agrigento inmensa extensión.

Al recorrer sus campos y los gloriosos restos de sus templos y monumentos, se forma una idea de lo que debió ser esta ciudad antigua, una de las más brillantes de la Sicilia, y la primera después de Siracusa, en riqueza y magnificencia. Su principal ornamento eran los templos: contábanse veinte y dos, y aun se admiran en nuestros días las ruinas de los de Venus, de la Concordia, de Hércules, de Júpiter-Olimpico, de Ceres, de Vulcano, de Proserpina, de Esculapio y de Juno.

Más de la mitad del templo de Venus subsiste todavía, y casi entero el de la Concordia, cuyas columnas permanecen en pié: este último es exactamente de las mismas dimensiones y arquitectura que el primero, el cual le serviría sin duda de modelo; y por una inscripción hallada en un gran pedazo de mármol se deduce que fué construido á costa de los libibitanios, después de haberlos derrotado los guerreros de Agrigento. Cada uno de estos templos está sostenido por trece columnas estriadas á cada lado, y por otras seis colocadas en los extremos; pero aunque de gracioso estilo arquitectónico, no son ciertamente tan elegantes como las de algunos monumentos de la antigua Roma. El templo de Hércules, que se está arruinando, parece mucho más vasto que los de Venus y la Concordia: en él existía la famosa estatua de Hércules de que habla Cicerón, defendida con tanto valor por los agrigentinos contra Vérres, que pretendía apoderarse de ella: también se admiraba allí un cuadro que representaba á Hércules en la cuna, matando las dos serpientes, obra maestra de Zeús que se ha perdido. El templo de Júpiter era el mayor no solo de la Sicilia, sino de todo el mundo pagano; sus restos ocupan una inmensa extensión, y forman una masa considerable. Nunca se concluyó este edificio; pues lo estorbáron las guerras entre los agrigentinos y los cartajineses. Todos los historiadores aseguran que permaneció largo tiempo en este estado de imperfección, y que al fin se desplomó la bóveda, quedando intactas algunas columnas y las paredes principales, restos que subsistieron hasta el siglo XV, y que derribó un temblor de tierra. Las columnas del templo de Júpiter eran llamadas *los pilares de los gigantes*, y para expresar la veneración que inspiraban á sus abuelos, las adoptáron los agrigentinos como emblema de las armas de la ciudad. El templo de Ceres pes

por el mas antiguo de Agrigento: sabido es que los monumentos dedicados á esta diosa debían edificarse siempre fuera de las poblaciones y en paraje tan apartado, que nadie tuviese que dirigirse á él sino impulsado por el deseo

de sacrificar. Del templo de Ceres solo quedan las paredes exteriores: los modernos lo han reparado y convertido en una capilla.

Uno de los principales edificios de Agrigento era el templo de Juno La-



cinia, edificado en el ángulo de un peñasco sobre un zócalo de diez pies de altura, que formaba una plataforma al oriente y al occidente: se subía á ella por dos escalinatas de seis gradas. Por el efecto que produce todavía este antiguo monumento, á pesar de su estado de completa degradacion, puede juzgarse del que causaria cuando estaba entero, y cuan noble y majestuosa debía de ser esta arquitectura por la elevacion del gran zócalo que servia de base y como de pedestal al edificio, aunque parezca á primera vista bastante pesada y maciza. El tiempo ha devorado hace muchos años el peñasco que sostenia los muros del parapeto; el viento de mediodía roe con incansante rapidez; pero la destruccion de las columnas es mas lenta que la de la roca. En este templo se conservaba una de las mas preciosas pinturas de Zeuxis, que representaba á la altanera deidad en toda el esplendor de la belleza. Para conseguir aquel punto de perfeccion, á que la naturaleza llega tan pocas veces, pidió Zeuxis que trajesen á su presencia las mas hermosas mujeres de Agrigento, queriendo elegir entre ellas la mas digna de servirle de modelo; mas no habiendo podido hallar, reunido en una sola, el conjunto de formas y proporciones que apetecia, escogió cinco jóvenes para tomar de cada una lo mas perfecto: este cuadro desapareció en un vasto incendio. Cuando los cartajineses se hicieron dueños de Agrigento, la mayor parte de los habitantes se refugiaron en el templo de Juno, como paraje seguro; pero al ver que el enemigo embestia las puertas, convinieron en incendiar el edificio, y persiguieron en medio de las llamas por no someterse al poder de los vencedores.

Al lado de las ruinas del templo de Juno, se ve en el grabado una tumba, monumento conocido y alabado por

uno de los mas preciosos de Sicilia. Los viajeros modernos lo consideran muy inferior á su reputacion: hay en él verdaderas bellezas de estilo unidas á groseras labores, por lo cual se ha conjeturado que empezó su construccion algun hábil estatuario; pero que se concluyó muchos siglos despues, en la decadencia del arte. Este antiguo sarcófago sirve actualmente de pila bautismal en la catedral de Girgenti, iglesia célebre por un eco singular. Una persona colocada á la puerta occidental y otra en la cornisa en el punto mas lejano de la iglesia, detras del altar mayor, pueden, hablando muy quedo, sostener una conversacion. Igual fenómeno se observa en la galería de san Pablo de Londres.

Elviano acusa á los antiguos moradores de Agrigento del vicio de la embriaguez llevada al grado mas alto, y con este motivo refiere una historia bastante curiosa. Llegaron á alegrarse tanto en un gran banqueté varios jóvenes de distincion, que, á fuerza de tropezar, cayeron unos sobre otros, y se figuraron hallarse en alta mar sorprendidos por una borrasca y en inminente peligro: no viendo otro medio de salvacion que el de alijerar el navio, arrojaron por las ventanas los muebles mas ricos de la casa, sin echar de ver su extravagancia hasta que la hubieron desahajado completamente. El mismo autor que los echa en cara tales excesos, les concede eminentes cualidades. Practicaban la hospitalidad con raro desinterés, recibian á los extranjeros con alegría, y hasta prevenian sus necesidades. Diodoro cita entre otros á Gélías, el cual tenia muchos esclavos, cuya ocupacion era la de permanecer en las puertas de la ciudad para convidar á los viajeros con la casa de su amo. Verosíblemente aludía Empédocles á este uso, cuando exclama que las puertas de Agrigento daban á los ex-

tranjeros la bien veída. Quientos caballeros de una ciudad vecina pasaron un día por Agrigento: Gélias los hospedó, y, al despedirlos, regaló á cada uno de ellos un manto y una túnica.

Conocidas son las palabras de Platon acerca de los habitantes de Agrigento: "Edifican como si nunca hubiesen de morir, y comen cual si no tuviesen, mas que una hora de vida." Diodoro asegura que todas las ánforas eran de plata, las literas y carruajes de marfil embutido de oro: hace mención del gran vivero lleno de peces, en donde se proveían los agrigentinos cuando iban á dar un festin. Polibio y Diodoro traen muchos ejemplos de las riquezas de Agrigento. Volviendo uno de sus habitantes victorioso de los juegos olímpicos, entró en la ciudad seguido de trescientos carros tirado cada uno por cuatro caballos con espléndidos caparzones. Y qué lujo no desplegó Antistenes en las bodas de su hija? Hizo poner mesas en todas las calles, levantar altares en las plazas públicas y en los templos; la novia atravesó la ciudad, rodeada de un sin número de caballeros con antorchas, y de ochocientos carros que llevaban su dote.

Agrigento, lo mismo que Siracusa, estuvo mucho tiempo sometida al yugo de los fenicios.—Entre las mil anécdotas de crueldad que hominiscan en los autores de la antigüedad, citarémos la siguiente: Queriendo el platero Perillo adular al tirano Falaris, le regaló un toro de bronce admirablemente cincelado y concluido: estaba hecho y construido de manera que podía contener un hombre: la voz de este imitaba perfectamente el mugido de un buey. El artista indicó al tirano los efectos que produciría este castigo, si en el toro de bronce se metía un criminal y se encendía alrededor una hoguera. Complacido Falaris con tan horrible idea, y deseoso de hacer la prueba, señaló como vic-

tima al platero, diciendo: "El sabrá sin duda el mejor modo de hacerle mugir: injusto sería privarle del honor de la invencion." Encerráronle en el toro, encendiéron una hoguera inmensa al redor de la máquina, que al instante empezó á mugir con no pequeño asombro de la poblacion.

Las ruinas de Agrigento yacen hoy en medio de una rica campiña esmeradamente cultivada, que el viajero recorre con placer como un ameno vergel en que respira la abundancia. La mayor parte de las antiguas murallas están cortadas en la roca: las catacumbas y los sepulcros eran muy vastos; uno de estos, tumba de Theron, uno de los primeros tiranos de Sicilia, es digno de atención particular, y se conserva casi entero, aunque la fecha de su construcción se remonta á mas de dos mil años.

En el espacio de mas de una legua encuentra el viajero fragmentos de todas especies; con ellos se han formado paredes y simulacros de edificios en desordenada mezcla. Y, sin embargo, estos derribados fragmentos conservan un carácter imponente, y recuerdan los dorados siglos que los produjeron. Cuando se piensa lo que sería una ciudad tan suntuosa, la imaginacion procura levantarla de entre sus ruinas; reuna los despojos de las casas, de los templos, de los circos, de los teatros, y los adorna con estatuas, con columnas, con bajos-relieves, con vasos antiguos, formando una caprichosa idea de lo que tal vez era en otro tiempo aquel magnífico recinto. En Agrigento brillaron las ciencias y las artes, desde la utilísima agricultura hasta la funesta guerra; desde la mitología, que tan soberbios monumentos produjo, hasta la severa investigación de la verdad que animó á tantos filósofos sublimes. Inmensas riquezas, un lujo incomparable, una gloria esplendente, una memoria que

veinte siglos no han podido extinguir, fueron la recompensa del talento y de la actividad de los Agrijentinos. Esta asombrosa elevación se debía á uno de los suelos mas fértiles del mundo, á las viñas altas, enlazadas en los árboles, segun el uso de Italia, á los fructíferos olivos, cuyas producciones se vendían en Cartago y en las costas de la Libia. Tenia Agrijento mas de cuatrocientos mil habitantes, contando en este número á los extranjeros y á los esclavos. En nuestros dias Girgenti, la nueva Agrijento, apenas contiene veinte mil almas: vista desde el mar, parece tan bonita como Génova; pero interiormente, sus casas feas y pequeñas, y sus calles sucias, tortuosas y estrechas, están muy léjos de corresponder á su gracioso aspecto.

Estudios históricos sobre las antigüedades de Madrid.

Madrid, metrópoli de los dominios de la monarquía, corte de nuestros reyes, residencia de la opulenta cuanto celebrada grandeza española, famosa en los fastos de la nación por su arisotada lealtad y su relevante heroísmo, centro de la ilustración, madre de la sabiduría, escuela de las delicadezas mas refinadas del trato social, cuna de mil varones eminentes en santidad de vida, valor y literatura, fundada por los moros poco despues de la invasión del reinado de D. Rodrigo, asaltada y destruída por D. Ramiro II de León en 932, acometida en 1047 por D. Fernando I de Castilla, conquistada en 1083 por D. Alonso VI,

enajenada de la corona, y reincorporada á la misma por D. Juan el I, altamente estimada y ampliada, y embellecida por varios de sus augustos sucesores, elegida para corte en 1561 por Felipe II, considerada como plaza de armas por Carlos III, privilegiadamente favorecida con el título de muy heroica por el Sr. D. Fernando VII, tiene su asiento casi en el centro de la península, sobre siete alturas, en terreno muy abundante de pedernal, en la comarca llamada antiguamente Carpentania, parte de la provincia cartajinense, en la denominada despues Castilla la Nueva, por cuya subdivisión fué posteriormente creada otra provincia que lleva el nombre de la capital.

Madrid, destinada á ser algun dia digno asunto de historiadores elocuentes, no tiene qué envidiar en la actualidad á ninguna de nuestras antiguas capitales, y ocupa al mismo tiempo un lugar distinguido entre las mas célebres de Europa. Sin la multitud de edificios de primer órden que se admira en Roma, y que multiplicando las bellezas de la arquitectura llega casi á inspirar aquella sublime monotonía que es hija de la grandiosidad prodigada: sin la vasta extensión, población numerosa, florido comercio y sombría taciturnidad de la tristísima Londres: sin el no intersempido estrépito, el número innumerable de embelesos fútiles, y la muelle voluptuosidad de Paris; hallan en Madrid cuantos vienen á visitarla las comodidades de la vida, los placeres de la existencia, los encantos de la sabiduría, los caprichos de la imaginación, las extravagancias del orgullo, las disipaciones del lujo, los vicios en fin, puestos en juego á par de las virtudes, en alternativa reciproca, disputándose muchas veces el paso, y morando no pocas bajo un mismo techo.

Tenemos palacios magníficos, mas ricos por lo general en el interior que en los adornos exteriores: soberbios templos; paseos deliciosos; y en medio del ponderado atraso en que se nos supone, hay en Madrid Academias célebres, escuelas famosas, museos riquísimos, copiosas bibliotecas, cien establecimientos, en fin, á cual más apreciables, ya en la línea de utilidad, ya en la de puro adorno. Los teatros, las tiendas, los talleres, los cafés, los mercados, todo ha entrado sucesivamente en la senda trazada por el refinamiento de la ilustración; todo marcha según el impulso májico del buen gusto, y se sujeta á sus leyes. Nuestras jentes de tono de todas las jerarquías, rivalizan en magnificencia, finura y elegancia con las de las cortes extranjeras; y un observador imparcial comprenderá sin violencia, que la capital de la península es ménos celebrada por no estar suficientemente conocida.

El cielo de Madrid es limpio, hermoso, alegre. Los antiguos llamaban á Madrid lugar del sol, y observaban que, aun en días de niebla ó lluvia se lograba siempre un intervalo, en el cual resplandecía con toda la refulgencia de sus rayos.

Los aires son puros y muy delgados, de manera que fué un tiempo frase proverbial, que careciendo de fuerza para apagar una luz, mataban un hombre. Es verdad, sin embargo, que con semejante proverbio no se quiso nunca dar á entender que fuesen materialmente mortíferos; sino que su extraordinaria sutileza producía, con una facilidad extraordinaria también, efectos mas ó ménos dañinos en las personas poco cautas.

Y todos los historiadores y jeógrafos antiguos van tan de acuerdo cuando tratan de la salubridad de este clima, muy privilegiado de la naturaleza en concepto de los mas, que con gran fundamento se puede asegurar haber sido aquella un motivo poderoso para el engrandecimiento de Madrid en los si-

glos últimos. Mas algunas personas, cuyo voto merece consideración, están igualmente conformes sobre la influencia positiva que el mismo engrandecimiento de la capital debe haber venido á ejercer mas ó ménos directamente sobre la salubridad de su temple, que observaciones bien fundadas demuestran no ser hoy tan bueno como lo pudo ser hace trecientos años.

La templanza de las estaciones, según la experiencia de testigos oculares era tan alabada hace dos siglos, que un coronista de Felipe IV aseguró que los aires de Madrid en el invierno no eran frios en demasía, que el estío no era grande, y que la primavera y otoño eran *paraíso y regalo*. En la actualidad no sucede así, particularmente por lo respectivo á invierno y verano; pues ambos suelen ser rigorosos en demasía, y el primero muy largo; proviniendo esto de que los vientos dominantes son nortes de grande influencia respectiva á nuestra situación topográfica, y á las circunstancias locales de los países que atraviesan en su rumbo sobre Madrid,

Lo montuoso y selvático de nuestros contornos modificaba en lo antiguo la acción de estos vientos, y su influencia no podía causar ciertos perjuicios que han ido haciéndose mas sensibles, á medida que han ido tambien desapareciendo los baluartes de la salubridad de la comarca. La fragosidad del terreno cedió al transcurso del tiempo, á la población, al cultivo: la multitud de árboles suministró materiales á nuestros edificios; los osos de que hablaba el rey don Alonso el sabio no parecen ya; pero en cambio tenemos los cólicos y pulmonías, que tal vez eran casi desconocidos entonces.

Las aguas de Madrid han sido tambien muy ponderadas, y en tiempos antiguos eran abundantísimas, como se deduce de la lectura de las histo-

rias, y como conviene la consideracion de la diferente disposicion del terreno y los mayores consumos que el aumento de la poblacion fué motivando. Aquella abundancia y la proximidad de las aguas á la superficie de la tierra, dieron márgen á que se dijese que Madrid estaba fundada sobre agua.

AZCONA.

(Se concluirá en el siguiente número.)

Tipos originales

DE MADRID.

El ciego de profesion.

Hay ciegos de nacimiento: los hay de resultas de enfermedades que les han privado de la vista; los hay finalmente de oficio. De estos hablo, advirtiendo que los ciegos de oficio no necesitan ser *ciegos* para llamarse tales, si bien muchos lo son.

El ciego de profesion es un jénero, y todas sus especies se ocupan del entretenimiento ú diversion de los que se jactan de tener vista, aunque hasta ahora esta por averiguar si es el que ve quien entretiene y divierte al ciego, ú este al que le oye ó le compra gacetas y romances.

Preséntase en primer término el *ciego de la gaita*, con su ancho y sucio morral, su capa tarazada de azul y verde, sus polainas polvorosas, un garrote ferrado y robusto, un sombrero á lo patron de España, bragas y chaqueton de paño que ha sido pardo y ya suele ser rubio; y en cuanto á zambisa...

dicen sus declinaciones: vocativo *carret*. Pulsa, mal he dicho, agovia bajo las encallecidas yemas de los dedos de la mano izquierda el inharmónico y escudoso instrumento. Empuña con la derecha la tremebunda clava, y entre el dedo del corazon y el inmediato sujeta con una lazada la mugrienta cuerda que va á parar al collar de pequeño gozque. Si guele á muy corta distancia molettudo y desvergonzado rapaz, traza aproximadamente igual á la del protagonista, fuera de la capa: llámase *lazarillo*. Sujeta sus pulgares lazada rústica en que se ensartan las enormes castañas que repica de cuando en cuando, y que son como el zimbel para cazar papamoscas de calle y de balcon, de taberna y de tienda de *curioso guantero*, de casa modesta y de elegante palacio; porque los papamoscas abundan en todas partes. *El ciego de la gaita* es perezoso: levántase á las nueve en verano y á las diez en invierno: discurre de plaza en plaza, desde el Sañadero al Rastro, y atraviesa en todos sentidos la poblacion, pescando aquí un mendrugo, allá un ochavo, y mas allá un encounter con perro, lazarillo y todo, y repitiendo el famoso testamento, cuyo estrivillo es

Apúnteme usted,
Señor escribano.

El muchacho se come la parte mas suculenta de las vituallas del Belisario filarmónico; y parado delante de cualquier balcon en que ve una mujer, aunque sea de sexenta, exclama puesto en jarras:

Cara de santa Rita,
Que... .. (Punto y aparte.)

A las dos de la tarde ya está el *ciego de gaita* en la ribera del apacible Manzanares. Aquel es, por excelencia, su terreno! Allí apura todos los recursos de su garganta, deshaciéndose en gorjeos que si son bonicos, no dejan sin embargo de ser gorjeos! Allí es ser como ajitado por el estro divino de

los Homages de su estofa, improvisa variantes á cual mas epigramática, instructiva ó chusca á la oración de Animas, al responso de san Antonio, á las coplas de Calinos, y al romance de famoso Lonjinos! Y qué si embocado en la remendada pañosa, y teniendo debajo el acólito, proporciona al auditorio tres ó cuatro escenas del siempre divertido, siempre travieso Juan de las Viñas! Las lavanderas con patente suspenden sus labores: las lavanderas por extraordinario abandonan la banca: los mozos del lavadero acorren con tanta boca abierta: los pillos transeúntes se acercan igualmente al corro mientras algunos de sus cofrades, aprovechando la jeneral distraccion, descuelgan tal cual camisa, ó tal cual sábana que no estaba muy segura, y la ponen á buen recaudo. *El ciego de la gaita* triunfa en aquel momento: su voz suena para aquellas jentes muy mas agradable que la de un tribuno en el foro romano: el lazarillo brinca en los entreactos, loquea y vomita desvergüenzas de á folio; y de trecho en trecho, y de corro en corro, tomando aquí un torceño y allá un vaso de vino cristiano (porque no se consienten moros en las afueras) ganan amo y mozo, contentos y roncocs, borrachos y cansados, la puerta de Segovia.

Dejemos al *ciego de la gaita*, y vamos á ocuparnos del *ciego papalista*. Este se presenta bajo infinitas fases; es el camaleon de la sociedad culta del siglo XIX, si se me permite un poco de libertad para la comparacion. Pertenece al bello sexo, y al sexo feo: unas veces pide limosna; otras especula en las publicaciones periódicas, con manifiesta predileccion por la *Extraordinaria de hoy*: otras, con desvenecijada guitarra y quebrajoso violin, canta la *Pasion* y las *Aventuras de Francisco Estéban*, la *Mansela* y el *Churripampli*; cuando juzga que debe vacar á estas ocu-

paciones con medio chico ó con *cañita grande*, se dirige á la taberna entonando solemnemente: *á Madrid traigo en la mano, con todas sus calles y callejuelas, plazas y plazuelas, iglesias, hospitales...* &c. porque es cuento para nunca acabar.

El ciego papalista (que no necesita ser ciego) se multiplica de un modo prodijioso. A las doce en la imprenta nacional, esperando la suspirada gaceta con el parte recibido de la derrota de tal ejército: á la una va por la calle de Carretas atropellando á toda vieho viviente, y poniendo en el suelo el grito: á las dos se le encuentra en la plazuela de Santo Domingo, y media hora despues en el Rastro: á las tres ha tenido ya alguna quimera con otro ú otros cofrades que acuden con el papel nuevo á cualquiera que da una voz solicitándolo: á las cuatro, que llueva ó que truene, ha visitado ya todos los cuarteles de la poblacion; y para descansar de la anterior leña se dispone á cantar el romance de que le quedan mas ejemplares. Canta, pues; recoje sus cuartos, y á las once de la noche suele uno hallarlo á media legua del paraje en que cantó, esterneciendo á los que aun cal'jean, con las consabidas frases: á este infeliz y pobre *ciego y falto de la vista*! Dios *se la conserve* y le libre de una mala compañía y de un testigo falso! Que Dios no permita *se vea* en semejante calamidad! Por la Virgen del Cármen, caballeros!

Y ya que he llegado con el *ciego papalista* hasta una hora tan avanzada, no quiero hacer alto sin trasladar al papel un pequeño diálogo entre dos machos y una hembra, todos tres sin vista, tenido á la mia en la carrera de S. Jerónimo en la noche de un juéves-santo. Era muy tarde ya, y aun estaban desgañitándose con la *Pasion*. El violin se encontraba provisto de un

correspondiente sordina; utensilio superfluo por lo caduco y mal parado del instrumento: la guitarra corría parejas con aquel, lo mismo en cuanto á ruido que relativamente á afinación: tañian los dos hombres, y hacian la segunda voz á la mujer, que para primera lo tenia todo ménos los puntos altos. Ya habian destrozado con desesperante armonía unas cuantas estrofas, y llegaban á la de

En esto pidió Pilatos
con mucha sorna y soflama
para lavarse las manos
una vacia con agua!

Como no sentian en torno suyo nada que indicase espectadores, pararon, y dijo el uno: chico, echa un cigarro— El otro: mala noche, maruja!— Ella: y que está muy hermosa!— El uno: cuando yo era muchacho... entónces sí que vendíamos Pasiones!— Ella: muchos años hará!— El otro: pues qué edad tienes?— El uno: ya voy para cincuenta.— El otro: pues no te se conoce!— Ella: volvemos á cantar?— El uno: qué demonio! Vámonos, que esto no *prende*.— Ella: qué ha de producir, si todas las que pasan son...!— El otro: en lo que ménos piensan ellas es en Pilatos!—

Antiguamente (los que esto escribimos somos ya antiguos y se nos conoce en la cara) era digno de observacion el *cielo del mundo nuevo*; pero ya no queda mas que algun ejemplar, muy raro, de aquella edicion, y la misma escasez nos autoriza á pasarlo por alto. Basta, pues, de ciegos. Dios protege á los que ven: Dios tenga de su mano á los que miran; y en cuanto á los que no ven, y por consecuencia no pueden mirar, sepan que á muchos nos causan envidia. Quien sabe los disgustos que se ahorran! Se va poniendo el mundo de tal estatura que por no *verse* uno precisado á *ver* barbaridades, nos *veremos* en el caso de solicitar u-

na catarata. De todos modos, al paso que llevamos hemos de parar algunos centenares de prójimos en vender con *nista* ó sin ella, si queda quien compre, gacetas y romances! Conque... Buenas noches.—

AZCOÑA.

RAMILLETE.

Liceo artístico y literario. La buena idea de trasladar á los domingos por la mañana las sesiones de competencia que celebraba esa corporacion en los juéves por la noche, tuvo feliz ensayo el día 27. Animados los pintores con la hermosa luz de un día claro de Madrid, inspirados los poetas con la presencia del rubio Dios, y halagados los filarmónicos por una numerosa y lucida concurrencia, produjeron una sesion de las más brillantes que se han visto en el Liceo. Cantó por la primera vez la señora de Bonaplata, cuya expresion, valentia, y facilidad la colocan en un lugar distinguido entre los artistas músicos, y le valdrán siempre ruidosos aplausos.—Entre las composiciones que se leyeron mereces particular mención, una *historieta* en prosa y en verso por don Patricio de la Escosura, primer consiliario del Liceo.

—La compañía lírica española nos dió en el teatro de la Cruz el sábado 26 la primera representacion de la ópera bufa en dos actos, del maestro Ricci, titulada *Eran dos or son tres*. La graciosa indole de la partición y el juego escénico de los principales artistas sostuvieron perfectamente el espectáculo, y divirtieron muchísimo á los espectadores. El señor Salas se mostró, en el papel de Sempronio, grande artista y perfecto caricato. Hizo suya mas de lo que el público esperaba de su reconocida habilidad. En el parlante del quinateo y en todo el acto del segundo acto estuvo verdaderamente inspirado. El señor Calvet, que en esta ópera nos ha descubierto eminentes cualidades artísticas, cantó con extraordinario aplomo y exactitud; y representó el cómico personaje, de que estaba encargado, con verdad, agudeza y decoro, dotes que no suelen hallarse reunidas en un solo individuo, y mucho ménos en el género *diabó* que el señor Calvet ha adoptado al presentarse en la escena. Los demas actores han contribuido al buen éxito de la funcion que fué aplaudida con justicia y calor.